

OTRA RELACION

HECHA

POR PEDRO DE ALBARADO Á HERNANDO CORTÉS,

EN QUE SE REFIERE LA CONQUISTA DE MUCHAS CIUDADES, LAS GUERRAS, BATALLAS, TRAICIONES Y REBELIONES QUE SUCEDIERON, Y LA POBLACION QUE HIZO DE UNA CIUDAD; DE DOS VOLCANES, UNO QUE EXHALABA FUEGO, Y OTRO HUMO; DE UN RIO HIRVIENDO, Y OTRO FRIO; Y CÓMO QUEDÓ ALBARADO HERIDO DE UN FLECHAZO.

SEÑOR: De las cosas que hasta Utlatan me habian sucedido, así en la guerra como en lo demás, hice larga relacion á vuestra merced, y agora le quiero hacer relacion de todas las tierras que he andado y conquistado, y de todo lo que me ha sucedido, y es:

Que yo, Señor, partí de la ciudad de Utlatan, y vine en dos días á esta ciudad de Guatemala, donde fui muy bien recibido de los señores de ella, que no pudiera ser mas en casa de nuestros padres; y fuimos tan proveidos de todo lo necesario, que ninguna cosa hobo falta; y dende á ocho días que estaba en esta ciudad, supe de los señores de ella, cómo á siete leguas de aquí estaba otra ciudad sobre una laguna muy grande, y que aquella hacia guerra á esta y á Utlatan y á todas las demás á ella comarcanas, por las fuerzas del agua y canoas que tenían, y que de allí salian á hacer salto de noche en la tierra de estos; y como los de esta ciudad viesan el daño que de allí recibian, me dijeron cómo ellos eran buenos, y que estaban en el servicio de su majestad, y que no querian hacerle guerra, ni darla sin mi licencia, y rogándome que los remediase; y yo les respondí que yo los enviaria á llamar de parte del Emperador nuestro señor; y que si viniesen, que yo les mandaria que no les diesen guerra ni le hiciesen mal en su tierra, como hasta entonces lo habian hecho; donde no, que yo iria juntamente con ellos á hacerles la guerra y castigarlos. Por manera que luego les envié dos mensajeros naturales de esta ciudad, á los cuales mataron sin temor ninguno. E como yo lo supe, viendo su mal propósito, me partí de esta ciudad contra ellos con sesenta de caballo y ciento y cincuenta peones, y con los señores y naturales de esta tierra, y anduve tanto, que aquel día llegué á su tierra, y no me salió á recibir gente ninguna de paz ni de otra manera; y como esto vi, me metí con treinta de caballo, por la tierra, á la costa de la laguna. Ya que llegamos cerca de un peñol poblado, que estaba en el agua, vimos un escuadron de gente muy cerca de nosotros, y yo les acometí con aquellos de caballo que llevaba, y siguiendo el alcance de ellos, se metieron por una calzada angosta que entraba

al dicho peñol, por donde no podian andar de caballo; y allí me apeé con mis compañeros, y á pié juntamente y á las vueltas de los indios nos entramos en el peñol, de manera que no tuvieron lugar de romper puentes; que á quitarlas, no pudiéramos entrar. En este medio tiempo llegó mucha gente de la mia, que venia atrás, y gauamos el dicho peñol, que estaba muy poblado, y toda la gente de él se nos echó á nado á otra isla, y se escapó mucha gente de ella, por causa de no llegar tan presto trecientas canoas de amigos que traian por el agua; y yo me salí aquella tarde fuera del peñol con toda mi gente, y asenté real en un llano de maizales, donde dormí aquella noche; y otro día de mañana nos encomendamos á nuestro Señor, y fuimos por la poblacion adelante, que estaba muy fuerte, á causa de muchas peñas y ceberrucos que tenia, y hallámosla despoblada; que como perdieron la fuerza que en el agua tenían, no osaron esperar en la tierra, aunque todavía esperó alguna poca de gente allá al cabo del pueblo; y por la mucha agrura de la tierra, como digo, no se mató mas gente; y allí asenté real á mediodía, y les comencé á correr la tierra, y tomamos ciertos indios naturales de ella, á tres de los cuales yo envié por mensajeros á los señores de ella, amonestándoles que viniesen á dar la obediencia á sus majestades y á someterse so su corona imperial, y á mí en su nombre; y dende no, que todavía seguiria la guerra, y los correria y buscaria por los montes; los cuales me respondieron que hasta entonces que nunca su tierra habia sido rompida, ni gentes por fuerza de armas les habian entrado en ella; y que pues yo habia entrado, que ellos holgaban de servir á su majestad, así como yo se lo mandaba; y luego vinieron y se pusieron en mi poder; y yo les hice saber la grandeza y poderío del Emperador nuestro señor, y que mirasen que por lo pasado yo en su real nombre lo perdonaba, y que de allí adelante fuesen buenos, y que no hiciesen guerra á nadie de los comarcanos, pues que eran todos ya vasallos de su majestad; y los envié, y dejé seguros y pacíficos, y me volví á esta ciudad; y dende á tres días que llegué á ella, vinieron todos los señores y prin-

cipales y capitanes de la dicha laguna á mí con presente, y me dijeron que ya ellos eran nuestros amigos y se hallaban dichosos de ser vasallos de su majestad, por quitarse de trabajos y guerras y diferencias que entre ellos habian; y yo les hice muy buen recibimiento, y les di de mis joyas, y los torné á enviar á su tierra con mucho amor, y son los mas pacíficos que en esta tierra hay.

Estando en esta ciudad vinieron muchos señores de otras provincias de la costa del sur á dar la obediencia á sus majestades, y diciendo que ellos querian ser sus vasallos, y no querian guerra con nadie; y que para esto yo los recibiese por tales, y los favoreciese y mantuviese en justicia. E yo los recibí muy bien, como era razon; y les dije que de mí, en nombre de su majestad, serian muy favorecidos y ayudados, y me hicieron saber de una provincia, que se dice Iscuintepeque, que estaba algo mas la tierra adentro, cómo no les dejaba venir á dar la obediencia á su majestad; y aun no solamente esto, pero que otras provincias que están de aquella parte de ella, estaban otras con buen propósito y querian venir de paz, y que aquesta no les dejaba pasar, diciéndoles que adónde iban, y que eran locos; sino que me dejasen á mí ir allá, y que todos me darian guerra. E como fui certificado ser así, así por las dichas provincias como por los señores de esta ciudad de Guatemala, me partí con toda mi gente de pié y de caballo, y dormí tres días en un despoblado; y otro día de mañana, ya que entraba en los términos del dicho pueblo, que es todo arboledas muy espesas, hallé todos los caminos cerrados y muy angostos, que no eran sino sendas, porque con nadie tenia contratacion ni camino abierto, y eché los ballesteros delante, porque los de caballo allí no podian pelear, por las muchas ciénagas y espesura de monte; y llovía tanto, que con la mucha agua las velas y espías sujetas se retrajeron al pueblo, y como no pensaron que aquel día llegara á ellos, descuidáronse algo, y no supieron de mi ida hasta que estaba con ellos en el pueblo, y como entré, toda la gente de guerra estaba en los cauces, por amor del agua, metidos; y cuando se quisieron juntar, no tuvieron lugar, aunque todavía esperaron algunos de ellos, y me hirieron españoles y muchos de los indios amigos que llevaba, y con la mucha arboleda y agua que llovía se metieron por los montes, que no tuve lugar de les hacer daño ninguno mas de quemarles el pueblo, y luego les hice mensajeros á los señores, diciéndoles que viniesen á dar la obediencia á sus majestades, y á mí en su nombre; si no, que les haria mucho daño en la tierra y les talaria sus maizales; los cuales vinieron, y se dieron por vasallos de su majestad, y yo los recibí, y mandé que fuesen de ahí adelante buenos, y estuve ocho días en este pueblo, y aquí vinieron otros muchos pueblos y provincias de paz, los cuales se ofrecieron vasallos del Emperador nuestro señor.

Y deseando calar la tierra y saber los secretos de ella, para que su majestad fuese mas servido, y tuviese y señorease mas tierras, determiné de partir de allí, y fui á un pueblo que se dice Atiepar, donde fui recibido de los señores y naturales de él, y este es otra lengua y

gente por sí; y á puesta del sol, sin propósito ninguno remanesció despoblado y alzado, y no se halló hombre en todo él. Y porque el riñon del invierno no me tomase y me impidiese mi camino, dejélos así, y paséme de largo, llevando todo recado en mi gente y fardaje, porque mi propósito era de calar cien leguas adelante, y de camino ponerme á lo que me viniese hasta calar á ellas, y después dar la vuelta sobre ellos, y venir pacificándolos. E otro día siguiente me partí, y fui á otro pueblo que se dice Tacuilula, y aquí hicieron lo mismo que los de Atiepar, que me rescibieron de paz, y se alzaron dende á una hora. Y de aquí me partí y fui á otro pueblo que se dice Taxisco, que es muy recio y de mucha gente, y fui recibido como de los otros de atrás, y dormí en él aquella noche; y otro día me partí para otro pueblo, que se dice Nacendelan, muy grande; y temiéndome de aquella gente, que no la entendia, dejé diez de caballo en la rezaga, y otros diez en el medio del fardaje, y seguí mi camino; y podria ir dos ó tres leguas del dicho pueblo de Taxisco, cuando supe que habia salido gente de guerra, y que habian dado en la rezaga, en que me mataron muchos indios de los amigos, y me tomaron mucha parte del fardaje y todo el hilado de las ballestas, y el herraje que para la guerra llevaba, que no se les pudo resistir. E luego envié á Jorge de Albarado, mi hermano, con cuarenta ó cincuenta de caballo, á buscar aquello que nos habian tomado, y halló mucha gente armada en el campo, y él peleó con ellos y los desbarató, y ninguna cosa de lo perdido se pudo cobrar, porque la ropa ya la habian hecho pedazos, y cada uno traia en la guerra su pampanilla de ella; y llegado á este pueblo de Nacendelan, Jorge de Albarado se volvió, porque todos los indios se habian alzado á la sierra; y desde aquí torné á enviar á don Pedro con gente de pié, que los fuese á buscar á las sierras, por ver si los pudiéramos atraer al servicio de su majestad, y nunca pudo hacer nada por la grande espesura de los montes; y así, se volvió; y yo les envié mensajeros indios de sus mismos naturales, con requerimientos y mandamientos, y aperciéndolos que si no venian, los haria esclavos; y con todo esto no quisieron venir ni los mensajeros ni ellos. E al cabo de ocho días que habia que estaba en este pueblo de Nacendelan, vino un pueblo que se dice Pazaco, de paz, que estaba en el camino por donde habiamos de ir, y yo lo recibí y le di de lo que tenia, y les rogué que fuesen buenos. E otro día de mañana me partí para este pueblo, y hallé á la entrada de él los caminos cerrados y muchas flechas hincadas; y ya que entraba por el pueblo, vi que ciertos indios estaban haciendo cuartos un perro, á manera de sacrificio; y dentro en el dicho pueblo dieron una grinta, y vimos mucha multitud de gente de tierra, y entramos por ellos, rompiendo en ellos, hasta que los echamos del pueblo, y seguimos el alcance todo lo que se pudo seguir; y de allí me partí á otro pueblo que se dice Mopicalco, y fui recibido ni mas ni menos que de los otros; y cuando llegué al pueblo no hallé persona viva, y de aquí me partí para otro pueblo llamado Acatepeque, adonde no hallé á nadie, antes estaba todo despoblado. E siguiendo mi propósito, que era de calar las dichas cien leguas, me partí á otro pueblo que

se dice Acaxual, donde bate la mar del Sur en él, y ya que llegaba á media legua del dicho pueblo, vi los campos llenos de gente de guerra de él, con sus plumajes y divisas, y con sus armas ofensivas y defensivas, en mitad de un llano, que me estaban esperando, y llegué de ellos hasta un tiro de ballesta, y allí me estuve quedo hasta que acabó de llegar mi gente; y desde que la tuve junta, me fuí obra de medio tiro de ballesta hasta la gente de guerra, y en ellos no hobo ningún movimiento ni alteracion, á lo que yo conocí; y parecióme que estaban algo cerca de un monte, donde se me podrian acoger; y mandé que se retrajese toda mi gente, que éramos ciento de caballo, y ciento y cincuenta peones, y obra de cinco ó seis mil indios amigos nuestros; y así, nos íbamos retrayendo, y yo me quedé en la rezaga, haciendo retraer la gente; y fué tan grande el placer que hobieron, siguiendo hasta llegar á las colas de los caballos, las flechas que echaban pasaban en los delanteros; y todo aquesto era en un llano que para ellos ni para nosotros no habia donde estropezar. Ya cuando me vi retraido un cuarto de legua, adonde á cada uno le habian de valer las manos, y no el huir, di vuelta sobre ellos con toda la gente, y rompimos por ellos; y fué tan grande el destrozo que en ellos hicimos, que en poco tiempo no habia ninguno de todos los que salieron vivos; porque venian tan armados, que el que caia en el suelo no se podia levantar; y son sus armas coseletes de tres dedos de algodón, y hasta en los piés, y flechas y lanzas largas; y en cayendo, la gente de pié los mataba todos. Aquí en este reencuentro me hirieron muchos españoles, y á mí con ellos, que me dieron un flechazo que me pasaron la pierna, y entró la flecha por la silla, de la cual herida quedo lisiado, que me quedó la una pierna mas corta que la otra bien cuatro dedos; y en este pueblo me fué forzado estar cinco dias por curarnos, y al cabo de ellos me partí para otro pueblo llamado Tacuxcalco, adonde envié por corredores del campo á don Pedro y á otros compañeros, los cuales prendieron dos espías, que dijeron cómo adelante estaba mucha gente de guerra del dicho pueblo y de otros sus comarcanos, esperándonos; y para mas certificar, llegaron hasta ver la dicha gente, y vieron mucha multitud de ella. A la sazón llegó Gonzalo de Albarado con cuarenta de caballo, que llevaba la delantera, porque yo venia, como he dicho, malo de la herida, y hizo cuerpo hasta tanto que llegamos todos; y llegados, y recogida toda la gente, cabalgué en un caballo como pude, por mejor poder dar orden cómo se acometiesen; y vi que habia un cuerpo de gente de guerra, toda hecha una batalla de enemigos, y envié á Gómez de Albarado que acometiese por la mano izquierda con veinte de caballo, y Gonzalo de Albarado por la mano derecha con treinta de caballo, y Jorge de Albarado rompiese con todos los demás por la gente, que verla de lejos era para espantar, porque tenian todos los mas lanzas de treinta palmos, todas en arboledas; y yo me puse en un cerro por ver bien cómo se hacia, y vi que llegaron todos los españoles hasta un juego de herron de los indios, y que ni los indios huian ni los españoles acometian; que yo estuve espantado de los indios que así osaron esperar. Los españoles no los habien acome-

tido porque pensaban que un prado que se hacia en medio de los unos y de los otros era ciénaga; y después que vieron que estaba teso y bueno, rompieron por los indios, y desbarataronlos, y fueron siguiendo el alcance por el pueblo mas de una legua, y aquí se hizo muy gran matanza y castigo; y como los pueblos de adelante vieron que en campo los desbaratábamos, determinaron de alzarse y dejarnos los pueblos, y en este pueblo holgué dos dias, y al cabo de ellos me partí para un pueblo que se dice Miaguaclan, y tambien se fueron al monte como los otros. E de aquí me partí para otro pueblo que se dice Atehuan, y de allí me enviaron los señores de Cuxacalan sus mensajeros, para que diesen la obediencia á sus majestades, y á decir que ellos querian ser sus vasallos y ser buenos; y así, la dieron á mí en su nombre; y yo los recibí, pensando que no me mentirian como los otros; y llegando que llegué á esta ciudad de Cuxacalan, hallé muchos indios de ella, que me recibieron, y todo el pueblo alzado; y mientras nos aposentamos, no quedó hombre de ellos en el pueblo, que todos se fueron á las sierras. E como vi esto, yo envié mis mensajeros á los señores de allí á decirles que no fuesen malos, y que mirasen que habian dado la obediencia á su majestad, y á mí en su nombre, asegurándoles que viniesen, que yo no les iba á hacer guerra ni á tomarles lo suyo, sino á traerlos al servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad. Enviáronme á decir que no conocian á nadie, que no querian venir, que si algo les queria, que allí estaban esperando con sus armas. E desde que vi su mal propósito, les envié un mandamiento y requerimiento de parte del Emperador nuestro señor, en que les requería y mandaba que no quebrantasen las paces ni se rebelasen, pues ya se habian dado por sus vasallos; donde no, que procedería contra ellos como contra traidores alzados y rebelados contra el servicio de su majestad, y que les haria la guerra, y todos los que en ella fuesen tomados á vida serian esclavos y los herrarian; y que si fuesen leales, de mí serian favorecidos y amparados, como vasallos de su majestad. E á esto, ni volvieron los mensajeros ni respuesta de ellos; y como vi su dañada intencion, y porque aquella tierra no quedase sin castigo, envié gente á buscarlos á los montes y sierras; los cuales hallaron de guerra, y pelearon con ellos, y hirieron españoles y indios mis amigos; y después de todo esto fué preso un principal de esta ciudad; y para mas justificacion se le torné á enviar con otro mi mandamiento, y respondieron lo mismo que antes, é luego como vi esto, yo hice proceso contra ellos y contra los otros que me habian dado la guerra, y los llamé por pregones, y tampoco quisieron venir; é como vi su rebeldía y el proceso cerrado, lo sentencié, y di por traidores y á pena de muerte á los señores de estas provincias, y á todos los demás que se hobiesen tomado durante la guerra y se tomasen después, hasta en tanto que diesen la obediencia á su majestad, fuesen esclavos, se herrasen, y de ellos ó de su valor se pagasen once caballos que en la conquista de ellos fueron muertos, y los que de aquí adelante matasen, y mas las otras cosas de armas y otras cosas necesarias á la dicha conquista. Sobre estos indios de esta dicha ciudad de Cuxacalan, que estuve

diez y siete dias, que nunca por entradas que mandé hacer, ni por mensajeros que les hice, como he dicho, les pude atraer, por la mucha espesura de montes y grandes sierras y quebradas, y otras muchas fuerzas que tenian.

Aquí supe de muy grandes tierras, la tierra adentro, ciudades de cal y canto, y supe de los naturales cómo esta tierra no tiene cabo, y para conquistarse, segun es grande y de muy grandísimas poblaciones, es menester mucho espacio de tiempo, y por el recio invierno que entra no paso mas adelante á conquistar; antes acordé me volver á esta ciudad de Guatemala, y de pacificar de vuelta la tierra que atrás dejaba, y por cuanto hice y en ello trabajé, nunca los pude atraer al servicio de su majestad; porque toda esta costa del sur, por donde fuí, es muy montosa, y las sierras cerca, donde tienen el acogida; así que yo soy venido á esta ciudad por las muchas aguas, adonde, para mejor conquistar y pacificar esta tierra tan grande y tan recia de gente, hice y edifiqué en nombre de su majestad una ciudad de españoles, que se dice la ciudad del Señor Santiago, porque desde aquí está en el riñon de toda la tierra, y hay mas y mejor aparejo para la dicha conquista y pacificacion, y para poblarlo de adelante; y elegí dos alcaldes ordinarios y cuatro regidores, segun vuestra merced allá verá por la eleccion.

Pasados estos dos meses de invierno que quedan, que son los mas recios de todo, saldré de esta ciudad en demanda de la provincia de Tapalan, que está quince jornadas de aquí, la tierra adentro, que segun soy informado, es la ciudad tan grande como esa de Méjico, y de grandes edificios, y de cal y canto, y azoteas; y sin esta, hay otras muchas, y cuatro ó cinco de ellas han venido aquí á mí á dar la obediencia á su majestad, y dicen que la una de ellas tiene treinta mil vecinos; no me maravillo, porque, segun son grandes los pueblos de esta costa, que la tierra adentro haya lo que dicen; este verano que viene, placiendo á nuestro Señor, pienso pasar docientas leguas adelante, donde pienso su majestad será muy servido y su estado aumentado, y vuestra merced terná noticia de otras cosas nuevas. Desde esa ciudad de Méjico hasta lo que yo he andado y conquistado hay cuatrocientas leguas; y crea vuestra mer-

ced que es mas poblada esta tierra y de mas gente que toda la que vuestra merced hasta agora ha gobernado.

En esta tierra habemos hallado una sierra do está un volcan, que es la mas espantable cosa que se ha visto, que echa por la boca piedras tan grandes como una casa, ardiendo en vivas llamas, y cuando caen, se hacen pedazos y cubren toda la sierra de fuego.

Adelante de esta, sesenta leguas, vimos otro volcan que echa humo muy espantable, que sube al cielo, y de anchor de compás de media legua el bulto del humo. Todos los ríos que de allí decien den, no hay quien beba el agua, porque sabe á azufre, y especialmente viene de allí un río caudal muy hermoso, tan ardiendo, que no le podia pasar cierta gente de mi compañía que iba á hacer una entrada; y andando á buscar vado, hallaron otro río frio que entraba en este, y allí donde se juntaba hallaron vado templado que lo pudieron pasar. De las cosas de estas partes no hay mas que hacer saber á vuestra merced sino que me dicen los indios que de esta mar del Sur á la del Norte hay un invierno y un verano de andadura.

Vuestra merced me hizo merced de la tenencia de esa ciudad, y yo la ayudé á ganar y la defendí cuando estaba dentro con el peligro y trabajo que vuestra merced sabe; y si hobiera ido en España, por lo que yo á su majestad he servido, me la confirmara y me hiciera mas mercedes; hanme dicho que su majestad ha proveido; no me maravillo, pues que de mí no tiene noticia, y de esto nadie tiene la culpa sino vuestra merced, por no haber hecho relacion á su majestad de lo que yo le he servido, pues me envié acá: suplico á vuestra merced le haga relacion de quién yo soy, y lo que á su majestad he servido en estas partes, y donde ando, y lo que nuevamente le he conquistado, y la voluntad que tengo de le servir en lo que adelante, y cómo en su servicio me han lisiado de una pierna, y cuán poco sueldo hasta agora he ganado yo y estos hidalgos que en mi compañía andan, y el poco provecho que hasta agora se nos ha seguido.—Nuestro Señor prósperamente crezca la vida y muy magnífico estado de vuestra merced por largos tiempos.—De esta ciudad de Santiago, á 28 de julio de 1524 años.—Pedro de Albarado.